

ye el poemario *Las musas inquietantes*— encajan todas las piezas reunidas por la escritora uruguaya en su discurso lírico. De ese modo, el orden de versos que se tiende entre *Evohé* (1971) y *Estrategias del deseo* (2004) permanece afincado en la temporalidad, no simplificada, sino restringida por la experiencia.

Aunque sea por medio de afirmaciones discontinuas, este devenir halla su más firme lugar en el tejido literario. De forma natural, son los estímulos de semejante aventura los que reabsorbe Peri Rossi con la esperanzada plasticidad que aplicaría a un ejercicio seductor («Se escribe/como se lanza una botella al mar»). Subrayo esa actitud persuasiva porque, a despecho de otras lecturas, la seducción es aquí reconocimiento y también memoria. Exceder la propia esfera implica abarcar la del otro, y el resultado de esta maniobra compromete al orden concentrado y paradójico de los dispositivos del recuerdo («Los poetas aman las palabras/y las mujeres aman a los poetas/con lo cual queda demostrado/que las mujeres se aman a sí mismas»).

Partiendo de un opulento repertorio —el grosor del volumen remacha esta impresión—, Peri Rossi echa a andar en varias direcciones una plática que aquí

reduciremos a una serie razonable de requerimientos. Parte de esta argumentación poética suministra un modelo del exilio, entendido como fluidez de movimientos dentro de una nueva tribu. En ello, desde luego, triunfan metáforas como el naufragio, determinante a la hora de cifrar determinados conflictos («Vencimiento del buque, de la mujer/por efecto de un viento fuerte, la marea o la corriente»). Por la misma vía, los dilemas engendrados por la fisicidad quedan insertados en el espíritu de una época: la que presupone el triunfo de la revolución sexual. En todo caso, esta red causal funciona como un mecanismo perceptivo, como un punto de apoyo sobre el que conjeturar nuevos hábitos.

En este juego privado, el arte y sus prestigios permiten a la autora diseñar su tabla periódica, hecha de referencias pictóricas, configuraciones del erotismo, intensidad subjetivista y una sed renovada de arquetipos, siempre y cuando se muestren insumisos ante la moral formularia. Por supuesto, el mismo repertorio nos muestra el precio al cual se logra una aproximación a la conciencia que desencadena el acto poético («La poesía verdadera excluye la sinceridad/en el sentido banal/pero jamás admite la hipocresía»).

Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958), Alfonso Reyes, Guillermo de Torre, edición de Carlos García, Pre-Textos, Valencia, 2005, 285 pp.

Pese a que los rodeos, el formulismo y las repeticiones figuran como sus principales escollos desde el punto de vista literario, la forma epistolar confina con el diario y la confesión, lo cual conlleva el doble interés de la biografía y el cálculo intelectual. Semejante confluencia atrae a los peritos. Sobre todo a los que eligen las cartas donde mejor se impone, en cuanto a temas y estilo, la personalidad del corresponsal. Pero no es menos cierta la curiosidad de quienes dejan de lado el valor histórico, y prefieren atender a los vaivenes del diálogo escrito, vuelto a la vida, encantador en el amplio sentido de la palabra. Un diálogo que autoriza a catalogar los sentimientos, animador de paisajes y recuerdos, aún más interesante en la medida en que se aviva con digresiones.

A esta luminosa variedad pertenece el epistolario puesto en orden por Carlos García y protagonizado por dos rúbricas de postín: la de Alfonso Reyes, maestro fecundísimo, generoso dentro de su cultura cosmopolita, y la de Guillermo de Torre, admirador del sabio, crítico inspirado y

cabal. Desde todos sus perfiles, esta colección ofrece el cuadro de la vida de ambos. Por lo demás, la experiencia de Reyes tiene positiva importancia en su interlocutor, quien le hace partícipe de su entusiasmo literario y de sus ganas de triunfo.

La impresión que deja este intercambio es también sabrosa en el campo gremial. Torre menciona sobrados detalles acerca de las diversas editoriales donde trabajó, y se ofrece en bastantes cartas como un campeón de Reyes en la Argentina. A su vez, el escritor mexicano anima a su joven amigo y le pone en contacto con otra parte del *revisterismo crítico*. En todo caso, ambos aportan la enseñanza de un periodo en el que los trasvases literarios y filosóficos fueron notables en el campo hispanohablante. No nos asombremos demasiado, pues Torre siempre se preocupó de tender puentes entre España e Iberoamérica; una disposición a la que no fue ajeno su trato con autores como Borges, cuñado suyo desde 1928.

En una de estas cartas, Reyes subraya que el epistolar es el género más decaído en las letras hispánicas de su tiempo. Entre las excepciones habrá que situar a este volumen, rico en detalles, esmerado en su estilo, lleno de agudas confidencias y reflexiones. Irreprochable en términos

académicos, la entrega evoca la buena impresión que causan otros epistolarios anotados y ordenados por Carlos García: la correspondencia entre Jorge Luis Borges y sus amigos Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (*Cartas del fervor*, 1999) y las cartas cruzadas por Borges y su maestro Macedonio Fernández (*Correspondencia Macedonio-Borges. Crónica de una amistad*, 2000). Sin duda, *Las letras y la amistad* conquista un elevado puesto dentro del género, y enriquece esa tetralogía que el editor diseñó a partir de los carteos de Guillermo de Torre con Reyes, Cansinos Assens, Juan Ramón Jiménez y Gómez de la Serna.

Patarroyo. Pasión por la vida, Javier Julio García Miravete, Ediciones del Viento, La Coruña, 2005, 326 pp.

La ciencia no es, a menudo, más que un remozamiento de antiguos axiomas. Bajo los auspicios de modernas técnicas, el investigador resume las ideas de su siglo y defiende la oportunidad de fecundas paradojas, muchas de las cuales ya fueron verdades tiempo atrás. En esta floración de lo nuevo sobre lo consabido, el genio más admirable es el de quien propor-

ciona hallazgos que invitan a la acción y al apostolado.

Manuel Elkin Patarroyo tuvo el arte de expresar una novedad química con ese temperamento. Superando la copia de lugares comunes y la retórica de las academias, el colombiano salió airoso de un compromiso científico descomunal: el descubrimiento de la primera vacuna sintética contra la malaria, la *spf66*. Con una virtud suplementaria que podemos tildar de atrevida: el boceto y detalle de sus inmunógenos se completó al margen de las multinacionales farmacéuticas.

En la hospitalaria biografía escrita por García Miravete, el lector encontrará datos curriculares pero también episodios de orden novelesco; entre ellos, la peripecia del joven Patarroyo como estudiante de la Universidad Nacional, donde sus presentimientos ya excedían lo que aventuraba leyendo artículos científicos en la biblioteca. Si los centros de investigación sirven para definir la vida de un hombre de ciencia, hemos de creer que los méritos del colombiano en zonas maláricas hubieran sido distintos de no haber accedido al Departamento de Microbiología local, a los laboratorios de la Universidad Rockefeller, y en particular, al Instituto de Inmunología San Juan de Dios.

Desde luego, nadie mejor que este sabio para alimentar el lado épico de su cofradía. El interés del biógrafo deja traslucir esta impresión, sin que ello difumine la nitidez de los datos. En rigor, un desempeño como éste, plagado de audacias, utópico a la vez que científico, convierte la lucha contra el anófeles hembra en una empresa cívica.

Borges, entre retrato y automitografía, Robin Lefere, Gredos, Madrid, 2005, 200 pp.

Sin la voluntad de cerrar el asunto, pero sí de perfilar, en cierta forma, un censo de invariantes borgeanas, entrega Lefere esta recomendable monografía. Triunfa en ella el examen de las obras del argentino en sus reflejos existenciales, de calidad aparentemente monótona. De ahí que el estudioso analice los textos en función del protagonismo y presencia pública de Borges, cultivados como un rasgo expresivo que, finalmente, le sirvió para obtener los réditos del estereotipo. Al cabo, no es muy azaroso definir esa forma que tuvo de exaltar la propia imagen como un atributo referencial, que se formula en limitadas permutaciones: el sabio tímido, encerrado en su ayer

infantil; el hacedor burgués, pozo de irreprochables intuiciones; el erudito fatigado, que recobra energía con el uso metódico de la literatura.

Lefere arranca de esta premisa: sería lícito encarar las *Obras completas* dentro de un espíritu de conformidad entre lo intertextual y ese ingrediente autobiográfico que, como sucede con otros aspectos referenciales, tiende a ser infravalorado. En su recuento, el ensayista no pasa por alto que la falta de rigor puede conducir a simplezas. Por consiguiente, no le interesan los juicios de valor derivados del purismo textualista o de una lectura candorosamente biográfica. Ambas aproximaciones quedan descartadas en su estudio como dos caras del mismo error. Con el fin de superar ese abordaje unilateral, típico de agrimensores, Lefere propone un sondeo del componente autobiográfico desde una perspectiva integradora, digresiva.

Pese a lo declarado en el anterior párrafo, es incuestionable que el textualismo y el biografismo le sirven para fiscalizar la conciencia literaria de Borges, receptor y convertidor de antiguas historias. Nada que objetar, puesto que ambas posturas confluyen en la pesquisa del fenómeno literario. Una viejísima evidencia, ésta, que Guillermo de Torre ya dio por

resumida en *Nuevas direcciones de la crítica literaria* (1970). Los analistas como Lefere, en palabras del español, no han de rehuir el condicionamiento humano y epocal, so riesgo de quedarse con los huesos; esto es, con las obras desprendidas de su contexto ambiental, y por consiguiente, de todo sentido.

Sin distinguirse en ello de otros colegas, Borges también extrajo literatura de las cunetas de la vida. Aunque ello implique problemas en torno a la intencionalidad, lo cierto es que el hacer funciona en su escritura como *praxis* del soñar, y además fomenta lecturas sintomáticas. Desde esta perspectiva, Lefere comprende que aquel narrador de hábito resignado, temeroso de los espejos —el autor ficcionalizado y aun mitificado—, cristaliza elementos del Borges empírico, y proporciona asideros para medir en clave

libresca la validez de su cuento autobiográfico.

Así como disponemos de retratos personalistas, expresados por el escritor en el ámbito de la confianza, también se dan los autorretratos indirectos, de un largo recorrido connotativo y psicoanalítico (la proyección vertiginosa del pasado familiar en el ensueño del coraje; la identidad cifrada en las preocupaciones intelectuales del ajedrez o del laberinto...).

Sin gran exageración, al ensayista le cabe concluir que Borges encarnó de manera convincente la figura del hombre de letras. Tanto es así que, a su modo de ver, el personaje extratextual acabó encubriendo al opulento Borges textual. Bien lo saben sus apologistas, para quienes la fuerza motriz de lo borgeano también puede hallarse en el desempeño mediático del escritor.

Guzmán Urrero Peña